de otra faccion, ó se valiesen de su autoridad para corregir semejante desórden: y el senado, en que asistió su padre, le respondió que aquel delito de amotinar los ejércitos era digno de muerte, segun los estatutos de la república, y que así podria, siendo necesario, proceder contra él hasta el último castigo, como ellos lo ejecutarian si volviese á Tlascala, no solo con él, sino con todos los que le acompañasen: cuya permision facilitaria mucho entónces la resolucion de su muerte, aunque sufrió algunos dias sus atrevimientos, sirviéndose de los medios suaves para reducirle. Pero siempre nos inclinamos á que se hizo la ejecucion fuera de Tezcuco, segun lo refiere Bernal Diaz: porque no dejaria Hernan Cortés de tener presente la diferencia que se debia considerar entre ponerlos delante un espectáculo de tanta severidad, ó referirles el hecho despues de sucedido: siendo máxima evidente que abultan mas en el ánimo las noticias que se reciben por los ojos, así como pueden ménos con el corazon las que se mandan por los oidos.

Avisa de su inquietud á la república, y le responden que le quite la vida.

Fuera temeridad castigarle á vista de los suyos.

CAPITULO XX.

Échanse al agua los bergantines, y dividido el ejército de tierra en tres partes, para que al mismo tiempo se acometiese por Tacuba, Iztacpalapa y Cuyoacan, avanza Hernan Cortés por la laguna, y rompe una gran flota de canoas mejicanas.

No se dejaban de tener á la vista las prevenciones de la jornada, por mas que se llevasen parte del cuidado estos accidentes. Ibanse al mismo tiempo echando al agua los bergantines: obra que se consiguió con felicidad, debiéndose tambien á la industria de Martin Lopez, como última perfeccion de su fábrica. Díjose ántes una misa de Espíritu Santo, y en ella comulgó Hernan Cortés, con todos sus Españoles. Bendijo el sacerdote los buques: dióse á cada uno su nombre segun el estilo náutico: y entre tanto que se introducian los adherentes que dan espíritu al leño, y se afinaba el uso de las jarcias y velas, pasaron muestra en escuadron los Españoles, cuyo ejército constaba entónces de novecientos hombres: los ciento y noventa y cuatro entre arcabuces y ballestas; los demas, de espada, rodela y lanza, ochenta y seis caballos, y diez y ocho piezas de artillería, las tres de hierro gruesas, y las quince falconetes de bronce, con suficiente provision de pólvora y balas.

Échanse al agua los bergantines.

Constaba el ejército de novecientos Españoles, de ochenta y seis caballos, y diez y ocho piezas de artillería.

Aplicó Hernan Cortés á cada bergantin veinticinco Españoles con un capitan, doce remeros, á seis por banda, y una pieza de

artillería. Los capitanes fueron Pedro de Barba, natural de Sevilla: García de Holguin, de Cáceres: Juan Portillo, de Portillo: Juan Rodriguez de Villafuerte, de Medellin: Juan Jaramillo, de Salvatierra, en Estremadura: Miguel Diaz de Auz, Aragones: Francisco Rodriguez Magarino, de Mérida: Cristoval Flores, de Valencia de Don Juan: Antonio de Caravajal, de Zamora: Gerónimo Ruiz de la Mota, de Burgos: Pedro Briones, de Salamanca: Rodrigo Morejon de Lobera, de Medina del Campo: y Antonio Sotelo, de Zamora: los cuales se embarcaron luego, cada uno á la defensa de su bajel, y al socorro de los otros.

Capitanes de los bergantines.

Dispuesta en esta forma la entrada que se habia de hacer por el lago, determinó, con parecer de sus capitanes, ocupar al mismo tiempo las tres calzadas principales de Tacuba, Iztacpalapa y Cuyoacan, sin alargarse á la de Suchimilco, por escusar la desunion de su gente, y tenerla en parage que pudiesen recibir ménos dificultosamente sus órdenes: para cuyo efecto dividió el ejército en tres partes, y encargó á Pedro de Alvarado la espedicion de Tacuba, con nombramiento de gobernador y cabo principal de aquella entrada, llevando á su órden ciento y cincuenta Españoles y treinta caballos, en tres compañías, á cargo de los capitanes Jorge de Alvarado, Gutierre de Badajoz y Andres de Monjaraz, dos piezas de artillería, y treinta mil Tlascaltecas. El ataque de Cuyoacan encargó al maestre de campo Cristoval de Olid, con ciento y sesenta Españoles en las tres compañías de Francisco Verdugo, Andres de Tapia y Francisco de Lugo, treinta caballos, dos piezas de artillería, y cerca de treinta mil Indios confederados. Y últimamente cometió á Gonzalo de Sandoval la entrada que se habia de hacer por Iztacpalapa, con otros ciento y cincuenta Españoles á cargo de los capitanes Luis Marin y Pedro de Ircio, dos piezas de artillería, veinticuatro caballos, y toda la gente de Chalco, Guajocingo y Cholula, que serian mas de cuarenta mil hombres. Seguimos en el número de los aliados que sirvieron en estas entradas la opinion de Antonio de Herrera; porque Bernal Diaz del Castillo da solamente ocho mil Tlascaltecas á cada uno de los tres capitanes, y repite algunas veces que fueron de mas embarazo que servicio; sin decir donde quedaron tantos millares de hombres como vinieron al sitio de aquella ciudad. Ambicion descubierta de que lo hiciesen todo los Españoles, y poco advertida en nuestro sentir, porque deja increible lo que procura encarecer, cuando bastaba para encarecimiento la verdad.

Divide Cortés en tres trozos el ejército.

Pedro de Alvarado en la calzada de Tacuba.

Cristoval de Olid en la de Cuyoacan.

Gonzalo de Sandoval en la de Iztacpalapa.

Bernal Diaz disminuye los confederados.

Partieron juntos Cristoval de Olid y Gonzalo de Sandoval, que se habian de apartar en Tacuba, y se

Parten juntos Olid y Sandoval.

alojaron en aquella ciudad sin contradiccion, despoblada ya, como lo estaban los demas lugares contiguos á la laguna: porque los vecinos que se hallaban capaces de tomar las armas acudieron á la defensa de Méjico, y los demas se ampararon de los montes, con todo lo que pudieron retirar de sus haciendas. Aquí se tuvo aviso de que habia una junta considerable de tropas mejicanas á poco mas de media legua, que venian á cubrir los conductos del agua que bajaban de las sierras de Chapultepeque. Prevencion cuidadosa de Guatimozin, que sabiendo el movimiento de los Españoles, trató de poner en defensa los manantiales de que se proveian todas las fuentes de agua dulce que se gastaba en la ciudad.

Salen tropas mejicanas á cubrir los conductos del agua.

Descubríanse por aquella parte dos ó tres canales de madera cóncava sobre paredones de argamasa; y los enemigos tenian hechos algunos reparos contra las avenidas que miraban al camino. Pero los dos capitanes salieron de Tacuba con la mayor parte de su gente; y aunque hallaron porfiada resistencia, se consiguió finalmente que desamparasen el puesto: y se rompieron por dos ó tres partes los conductos y los paredones, con que bajó la corriente dividida en varios arroyos á buscar su centro en la laguna; debiéndose á Cristoval de Olid y á Pedro de Alvarado esta primera hostilidad de agotar las fuentes de Méjico, y dejar á los sitiados en la penosa tarea de buscar el agua en los rios que bajaban de los montes, y en precisa necesidad de ocupar su gente y sus canoas en la conduccion y en los convoyes.

Cómo eran los conductos.

Desamparan el puesto los Mejicanos, y quedan agotadas las fuentes de Méjico.

Conseguida esta faccion, partió Cristoval de Olid con su trozo á tomar el puesto de Cuyoacan: y Hernan Cortés, dejando á Gonzalo de Sandoval el tiempo que pareció necesario para que llegase á Iztacpalapa, tomó á su cargo la entrada que se habia de hacer por la laguna, para estar sobre todo, y acudir con los socorros donde llamase la necesidad. Llevó consigo á don Fernando, señor de Tezcuco, y á un hermano suyo, mozo de espíritu, llamado Suchel, que se bautizó poco despues, tomando el nombre de Cárlos, como súbdito del emperador. Dejó en aquella ciudad bastante número de gente para cubrir la plaza de armas, y hacer algunas correrías que asegurasen la comunicacion de los cuarteles: y dió principio á su navegacion, puestos en ala sus trece bergantines, disponiendo lo mejor que pudo el adorno de las banderas, flámulas y gallardetes: esterioridad de que se valió para dar bulto á sus fuerzas, y asustar la consideracion del enemigo con la novedad.

Entra Hernan Cortés con los bergantines.

Suchel, hermano del rey de Tezcuco.

Iba con propósito de acercarse á Méjico para dejarse ver como señor de la laguna, y volver luego sobre Iztacpalapa, donde le daba cuidado Gonzalo de

Los bergantines se acercan á Méjico.

Sandoval, por no haber llevado embarcaciones para desembarazar las calles de aquella poblacion, que por estar dentro del agua eran continuo receptáculo de las canoas mejicanas. Pero al tomar la vuelta, descubrió, á poca distancia de la ciudad, una isleta, ó montecillo de peñascos, que se levantaba considerablemente sobre las aguas, cuya eminencia coronaba un castillo de bastante capacidad, que tenian ocupado los enemigos, sin otro fin que desafiar á los Españoles, provocándolos con injurias y amenazas desde aquel puesto, donde, á su parecer, estaban seguros de los bergantines. No tuvo por conveniente dejar consentido este atrevimiento á vista de la ciudad, cuyos miradores y terrados estaban cubiertos de gente, observando las primeras operaciones de la armada: y hallando en el mismo sentir á sus capitanes, se acercó á los surgideros de la isla, y saltó en tierra con ciento y cincuenta Españoles, repartidos por dos ó tres sendas que guiaban á la cumbre; y subieron peleando, no sin alguna dificultad, porque los enemigos eran muchos, y se defendian valerosamente, hasta que perdida la esperanza de mantener la eminencia, se retiraron al castillo, donde no podian mover las armas de apretados: y perecieron muchos, aunque fueron mas los que se perdonaron, por no ensangrentar la espada en los rendidos, cuando se despreciaba como embarazosa la carga de los prisioneros.

Isleta de la laguna con un castillo, defendido por los Mejicanos.

Salta Cortés en la isleta, y los rompe y desaloja.

Logrado en esta breve interpresa el castigo de aquellos Mejicanos, volvieron los Españoles á cobrar sus bergantines: y cuando se disponian para tomar el rumbo de Iztacpalapa, fué preciso discurrir en nuevo accidente: porque se dejaron ver á la parte de Méjico algunas canoas que iban saliendo á la laguna, cuyo número crecia por instantes. Serian hasta quinientas las que se adelantaron á boga lenta para que saliesen las demas: y á breve rato fueron tantas las que arrojó de sí la ciudad, y las que se juntaron de las poblaciones vecinas, que haciendo la cuenta por el espacio que ocupaban, se juzgó que pasarian de cuatro mil, cuya multitud, con lo que abultaban los penachos y las armas, formaba un cuerpo hermosamente formidable, que al juicio de los ojos, venia como anegando la laguna.

Salen de la ciudad innumerables canoas.

Dispuso Hernan Cortés sus bergantines, formando una espaciosa media luna, para dilatar la frente, y pelear con desahogo. Iba fiado en el valor de los suyos, y en la superioridad de las mismas embarcaciones, bastando cada una de ellas á entenderse con mucha parte de la flota enemiga. Movióse con esta seguridad la vuelta de los Mejicanos, para darles á entender que admitia la batalla; y despues hizo alto para entrar en ella con toda la respiracion de sus remeros: porque la calma de aquel dia dejaba todo el movimiento en la fuerza de sus brazos. Detúvose

Era dia de calma.

tambien el enemigo, y pudo ser que con el mismo cuidado. Pero aquella inefable Providencia, que no se descuidaba en declararse por los Españoles, dispuso entónces que se levantase de la tierra un viento favorable, que hiriendo por la popa en los bergantines, les dió todo el impulso de que necesitaban para dejarse caer sobre las embarcaciones mejicanas. Dieron principio al ataque las piezas de artillería, disparadas á conveniente distancia, y cerraron despues los bergantines á vela y remo, llevándose tras sí cuanto se les puso delante. Peleaban los arcabuces y ballestas sin perder tiro: peleaba tambien el viento, dándoles con el humo en los ojos, y obligándolos á proejar para defenderse: y peleaban hasta los mismos bergantines, cuyas proas hacian pedazos á los buques menores, sirviéndose de su flaqueza para echarlos á pique, sin recelar el choque. Hicieron alguna resistencia los nobles que ocupaban las quinientas embarcaciones de la vanguardia: lo demas fué todo confusion, y zozobrar las unas al impulso de las otras. Perdieron los enemigos la mayor parte de su gente, quedó rota y deshecha su armada: cuyas reliquias miserables siguieron los bergantines hasta encerrarlas á balazos en las acequias de la ciudad.

Favorece á Cortés el viento.

Se rompió enteramente la flota enemiga.

Fué de grande consecuencia esta victoria, por lo que influyó en las ocasiones siguientes el crédito de incontrastables que adquirieron este dia los bergantines, y por lo que desanimó á los Mejicanos el hallarse ya sin aquella parte de sus fuerzas, que consistia en la destreza y agilidad de sus canoas; no por las que perdieron entónces, número limitado respecto de las que tenian de reserva, sino porque se desengañaron de que no eran de servicio, ni podian resistir á tan poderosa oposicion. Quedó por los Españoles el dominio de la laguna: y Hernan Cortés tomó la vuelta cerca de la ciudad, despidiendo algunas balas, mas á la pompa del suceso, que al daño de los enemigos. Y no le pesó de ver la multitud de Mejicanos que coronaban sus torres y azuteas á la espectacion de la batalla, tan gustoso de haberles dado en los ojos con su pérdida, que aunque á la verdad eran muchos para enemigos, le parecieron pocos para testigos de su hazaña: complacencias de vencedores, que suelen comprender á los mas advertidos, como adornos de la victoria, ó como accidentes de la felicidad.

Consecuencias de este suceso.

Observaron esta faccion muchos Mejicanos.

CAPITULO XXI.

Pasa Hernan Cortés á reconocer los trozos de su ejército en las tres calzadas de Cuyoacan, Iztacpalapa y Tacuba, y en todas fué necesario el socorro de los bergantines: deja cuatro á Gonzalo de Sandoval, cuatro á Pedro de Alvarado, y él se recoge á Cuyoacan con los cinco restantes.

Eligió parage cerca de Tezcuco donde pasar la noche y atender al descanso de la gente con alguna seguridad; pero al amanecer, cuando se disponian los bergantines para tomar el rumbo de Iztacpalapa, se descubrió un grueso considerable de canoas, que navegaban aceleradamente la vuelta de Cuyoacan: con que pareció conveniente ir primero con el socorro á la parte amenazada. No fué posible dar alcance á la flota enemiga; pero se llegó poco despues, y á tiempo que se hallaba Cristoval de Olid empeñado en la calzada, y reducido á pelear por la frente con los enemigos que la defendian, y por los costados con las canoas que llegaron de refresco, en términos de retirarse, perdiendo la tierra que se habia ganado.

Enseñó la necesidad á los Mejicanos cuanto pudiera el arte de la guerra, para defender el paso de las calzadas. Tenian levantados hácia la parte de la ciudad los puentes de aquellos ojos ó cortaduras donde perdian su fuerza las avenidas ó crecientes de la laguna: y aplicando algunas vigas y tablones por la espalda, para subir en hileras sucesivas á dar la carga por lo alto, dejaban á trechos formadas unas trincheras con foso de agua, que impedian y dificultaban los avances. Este género de fortificacion habian hecho en las tres calzadas por donde amenazó la invasion de los Españoles: y en todas se discurrió casi lo mismo para vencer esta dificultad. Peleaban los arcabuces y ballestas contra los que se descubrian por lo alto de la trinchera, entre tanto que pasaban de mano en mano las faginas para cegar el foso: y despues se acercaba una pieza de artillería, que á pocos golpes desembarazaba el paso, barriendo el trozo siguiente de la calzada con los mismos fragmentos de su fortificacion.

Cómo defendia el enemigo sus calzadas.

Cómo peleaban en ellas los Españoles.

Tenia ganado Cristoval de Olid el primer foso cuando llegaron las canoas enemigas: pero al descubrir los bergantines, huyeron á toda fuerza de remos las de aquella banda, peligrando solamente las que pudo encontrar el alcance de la artillería. Y porque no dejaban de pelear las que, á su parecer, estaban seguras de la otra parte, mandó Hernan Cortés ensanchar el foso de la retaguardia, para dar paso á tres ó cuatro bergantines: de cuya primera

Huyen las canoas de los bergantines.

Pasan algunos á la otra banda.

vista resultó la fuga total de las canoas; y los enemigos que defendian la puente inmediata, viéndose descubiertos á las baterías de agua y tierra, se recogieron desordenadamente al último reparo vecino á la ciudad.

Hácese noche en la calzada.

Descansó la gente aquella noche sin desamparar el avance de la calzada: y al amanecer se prosiguió la marcha con poca ó ninguna oposicion, hasta que llegando á la última puente, que desembocaba en la ciudad, se halló fortificada con mayores reparos, y atrincheradas las calles que se descubrian, con tanto número de gente á su defensa, que llegó á parecer aventurada la faccion; pero se conoció la dificultad despues del empeño: y no era conveniente retroceder sin algun escarmiento de los enemigos. Jugaron su artillería los bergantines, haciendo miserable destrozo en las bocas de las calles, entre tanto que trabajaba Cristoval de Olid en cegar el foso, y romper las fortificaciones de la calzada. Lo cual ejecutado, se arrojó á los enemigos que las defendian, haciendo lugar con su vanguardia para que saliesen á tierra las naciones de su cargo. Acercáronse al mismo tiempo las tropas de la ciudad al socorro de los suyos, y fué valerosa por todas partes su resistencia; pero á breve rato perdieron alguna tierra: y Hernan Cortés, que no pudo sufrir aquella lentitud con que se retiraban, saltó en la ribera con treinta Españoles, y dió tanto calor al avance, que tardaron poco los enemigos en volver las espaldas, y se ganó la calle principal de Méjico, huyendo por aquella parte hasta la gente que ocupaba los terrados.

Hállase mayor resistencia en el último foso.

Gánale Olid.

Salta Cortés en tierra.

Retiranse los Mejicanos.

Tropezóse luego con otra dificultad; porque los Mejicanos que iban huyendo habian ocupado un adoratorio poco distante de la entrada, en cuyas torres, gradas y cerca esterior se descubria tanto número de gente, que parecia un monte de armas y plumas todo el edificio. Desafiaban á los Españoles con la voz tan entera como si acabaran de vencer: y Hernan Cortés, no sin alguna indignacion de ver en ellos el orgullo tan cerca de la cobardía, mandó traer de los bergantines tres ó cuatro piezas de artillería, cuyo primer estrago les dió á conocer su peligro: y brevemente fué necesario bajar la puntería contra los que iban huyendo á lo interior de la ciudad. Quedó sin enemigos todo aquel parage, porque los que peleaban desde las azuteas y ventanas se movieron al paso que los demas; con que avanzó el ejército, y se ganó el adoratorio sin contradiccion.

Ocupan un adoratorio.

Ocupa el ejército el adoratorio.

Fué grande la pérdida de gente que hicieron este dia los Mejicanos. Entregáronse al fuego los ídolos, cuyos abominables simulacros sirvieron de luminarias al suceso: y Hernan Cortés quedó satisfecho de haber puesto los pies dentro de la ciudad. Y ha-

llando el adoratorio capaz de mas que ordinaria defensa, no solo determinó alojar su ejército en él aquella noche, pero tuvo sus impulsos de mantener aquel puesto, para estrechar el sitio, y tener adelantado el cuartel de Cuyoacan. Pensamiento que participó á sus capitanes, con los motivos que le dictaba entónces la primera inclinacion de su discurso; pero todos á una voz le representaron: « Que no « sabiendo el estado en que tenian sus entradas « Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alvarado, seria temeridad « esponerse á perder el paso de la calzada, y con él la esperanza « de los víveres y municiones de que necesitaban para conservarse. « Que su conduccion no se debia fiar de los bergantines: porque « no cabiendo en las acequias de aquel parage, necesitarian de « hacer su desembarco en bastante distancia para que no fuese « posible recibirlos ni trasportarlos sin disponerse á una batalla « para cada socorro. Que los trozos del ejército debian caminar á « un mismo paso en sus ataques, para dividir las fuerzas del enemigo, y darse la mano hasta en el tiempo de acuartelarse dentro de la ciudad. Y finalmente, que las disposiciones resueltas « con parecer de todos los cabos sobre la forma de gobernar el « sitio de Méjico no se debian alterar sin madura consideracion, « ni entrar en aquel empeño voluntario sin mas causa que dar sobrado crédito á la victoria de aquel dia; no siendo totalmente « seguras las consecuencias de los buenos sucesos, que á manera « de lisonjas solian muchas veces engañar la cordura, deleitando « la imaginacion. » Conoció Hernan Cortés que le aconsejaban lo mas conveniente, por ser una de sus mejores prendas la facilidad con que solia desenamorarse de sus dictámenes, para enamorarse de la razon: y se retiró la mañana siguiente á Cuyoacan, llevando á sus dos lados la escolta de los bergantines, con que no se atrevieron los enemigos á inquietar la marcha.

Inclinase Cortés á mantener aquel puesto.

Disuádenle sus capitanes.

Toma su consejo, y se retira.

Pasó el mismo dia á Iztacpalapa, donde halló á Gonzalo de Sandoval en términos de perderse. Habia ocupado los edificios de la tierra, y alojado su ejército, poniéndose lo mejor que pudo en defensa; pero los enemigos, que se recogieron á la parte del agua, procuraban ofenderle desde sus canoas. Hizo considerable daño en las que se acercaban: arruinó algunas casas: rompió dos ó tres socorros de Méjico, que intentaron atacarle por tierra: y aquel dia, porque los enemigos habian desamparado una casa grande que distaba poco de la tierra, se resolvió á ocuparla, para mejorarse y desviar las ofensas de su cuartel. Facilitó el paso con algunas faginas arrojadas al agua, y entró á ejecutarlo con parte de su gente; pero apénas lo consiguió, cuando avanzaron las canoas que tenian puestas en zelada, llevando consigo tropas de nada-

Pasa con los bergantines á Iztacpalapa.

Empeño en que se hallaba Sandoval.

dores que deshiciesen el camino de la retirada : por cuyo medio consiguieron el sitiarle por todas partes, ofendiéndole al mismo tiempo desde los terrados y ventanas de las casas vecinas.

Socórrele Cortés.

En este conflicto se hallaba cuando llegó Hernan Cortés; y descubriendo aquella multitud de canoas en las calles de agua que miraban á la parte de Méjico, dió calor á la boga, y empezó á jugar su artillería con tanto efecto, que así por el daño que hicieron las balas, como por el miedo que tenian á los bergantines, huyeron todas á un tiempo con ansia de salir á la laguna por las calles mas retiradas, y con tanto desórden, que cargando en ellas la gente de los terrados, se fueron muchas á pique, y las demas vinieron á caer en el lazo de los bergantines, buscando con la fuga el peligro que procuraban evitar. Hicieron este dia los Mejicanos una pérdida que pudo suponer algo en el menoscabo de sus fuerzas : y reconociéndose despues aquella parte de la ciudad que tenian ocupada, se hallaron algunos prisioneros y bastante despojo ; no tanto para la riqueza, como para la recreacion de los soldados.

Estrago que hicieron los bergantines.

Pasa Hernan Cortés á la calzada de Tepeaquilla.

Conoció Hernan Cortés, á vista de las dificultades que habia esperimentado Gonzalo de Sandoval en Iztacpalapa, que no era posible poner en operacion el trozo de su cargo, ni usar de la calzada sin deshacer enteramente aquel abrigo de las canoas mejicanas, arruinando la media ciudad; detencion que seria dañosa para el estado que tenian las demas entradas; y determinó que se desamparase por entónces aquel puesto, y pasase Gonzalo de Sandoval con su gente á ocupar el de Tepeaquilla, donde habia otra calzada mas estrecha para los ataques; pero de mayor utilidad para impedir los socorros del enemigo, que, segun los avisos antecedentes, introducia por aquel parage los víveres de que ya necesitaba. Ejecutóse luego esta resolucion, y marchó la gente por tierra, siguiendo la misma costa los bergantines, hasta que se ocupó el nuevo cuartel : y hecho el alojamiento con poco embarazo, porque se halló despoblado el lugar, navegó Hernan Cortés la vuelta de Tacuba.

Mejor puesto para impedir los socorros.

Navega Cortés á Tacuba.

Halló desamparada esta ciudad Pedro de Alvarado; con que tuvo ménos que vencer para dar principio á sus entradas. Ejecutó algunas con varios sucesos, batiendo reparos y cegando fosos, de la misma forma que se gobernaba en las suyas Cristoval de Olid : y aunque hizo muy considerable daño á los enemigos, y alguna vez se adelantó hasta poner fuego en las primeras casas de Méjico, le habian muerto, cuando llegó Hernan Cortés, ocho Españoles, pérdida en que se mezcló el sentimiento con los aplausos de su valor.

Entradas de Alvarado.

Perdió ocho Españoles.

Consideró Hernan Cortés que no le salia bien la cuenta de sus disposiciones, porque se iba reduciendo

Nuevo discurso de Cortés.

el sitio de Méjico á este género de acometimientos y retiradas: guerra en que se gastaban los dias y se aventuraba la gente sin ganancia que pasase de hostilidad, ni mereciese nombre de progreso. El camino de las calzadas tenia suma dificultad con aquellos fosos y reparos que volvian los Mejicanos á fortificar todos los dias, y con aquella persecucion de las canoas, cuyo número escesivo cargaba siempre á la parte que desabrigaban los bergantines : y uno y otro pedia nuevos medios que facilitasen la empresa.

Mandó entónces que cesasen las entradas hasta otra órden, y puso la mira en prevenirse de canoas que le asegurasen el dominio de la laguna : para cuyo efecto envió personas de satisfaccion á conducir las que hubiese de reserva en las poblaciones amigas; con las cuales, y con las que vinieron de Tezcuco y Chalco, se juntó un grueso, que puso en nuevo cuidado al enemigo. Dividiólas en tres cuerpos : y formando su guarnicion de aquellos Indios que sabian manejarlas, nombró capitanes de su nacion que las gobernasen por escuadras; y con este refuerzo, repartido entre los bergantines, envió cuatro á Gonzalo de Sandoval, cuatro á Pedro de Alvarado, y él pasó con los cinco restantes á incorporarse con el maestre de campo Cristoval de Olid.

Hace prevencion de canoas.

Envia ocho bergantines á las dos calzadas, y él pasa con los cinco á Cuyoacan.

Repitiéronse desde aquel dia las entradas con mayor facilidad, porque faltaron totalmente las ofensas que mas embarazaban : y Hernan Cortés ordenó al mismo tiempo que los bergantines y canoas rondasen la laguna, y corriesen el distrito de las tres calzadas, para impedir los socorros de la ciudad : por cuyo medio se hicieron repetidas presas de las embarcaciones que intentaban pasar con bastimentos y barriles de agua, y se tuvo noticia del aprieto en que se hallaban los sitiados. Cristoval de Olid llegó algunas veces á poner en ruina los burgos ó primeras casas de la ciudad : Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval hacian el mismo daño en sus ataques : con lo cual, y con los buenos sucesos de aquellos dias, mudaron de semblante las cosas : concibió el ejército nuevas esperanzas; y hasta los soldados menores facilitaban la empresa, entrando en las ocasiones con aquel género de alegre solicitud, semejante al valor, que suele hacer atrevidos á los que llevan la victoria en la imaginacion, porque tuvieron la suerte de hallarse alguna vez entre los vencedores.

Ronda de los bergantines.

Progresos de Olid y Alvarado.

Aliento de la gente.